

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 8 de Abril de 1882.

LA PROCESION DEL MIÉRCOLES.

—o—

Bajo un sol propio del mes de Mayo y una temperatura verdaderamente primaveral, se echó a la calle la primera de nuestras procesiones de semana santa, destinada a conmemorar la escena del huerto de Getsemani, donde se consumara la más abominable de las ingraticudes en la adorable persona de nuestro Redentor, vendido por vil precio y entregado por uno de los más queridos de sus discípulos a las iras de una Sinagoga envilecida.

Con esta introducción pensaba encabezar mi reseña descriptiva de las pasadas religiosas demostraciones públicas, según que ya ha tomado fuerza de la ley en la costumbre, muy lejos de que ese sol esplendente hubiera de negarnos los rayos de su luz, y que los suaves favonios, perfumados en el aroma de las primeras flores, se convirtiesen en cierzos, en los momentos mismos en que la procesión se organizaba y empezaba a rebasar la puerta de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia.

Ya la noche antes, nubes de nácar y azul, cual tupidas gasas, cruzando el espacio con veloz carrera, velaban a intervalos la luz diáfana del astro bello que se mostraba radiante en toda la brillantez de su plenilunio; la aurora del miércoles apareció sin matices; el sol sin esplendores; ya próximo a su ocaso, las nubes, condensándose sobre nosotros, dieron al cielo un aspecto sombrío, la lluvia era inminente, si bien generalmente se creía que no pasara de un pasajero rocío.

En esta disposición comenzó a salir la procesión, serian las seis de la tarde en el orden de costumbre; granaderos, tercios de la *Samaritana*, *Huerto* y *Osculo*; seguía a este la lucida *guardia pretoriana*; ya habia salido como un tercio de ella y la música entonaba la segunda de sus marchas tradicionales, el pretor con su erguido casco y su porru-do bastón se hallaba en la misma puerta, cuando las nubes comenzaron a liquidarse en menuda lluvia, lluvia que haciéndose por momentos más compacta, concluyó en un fuerte aguacero, que convirtió en poco tiempo las calles en arroyos. Aquí terminó la procesión; dada la orden de retirada, el personal se huyó a refugiarse donde pudo; los tres pasos indicados se restituyeron precipitadamente a la iglesia, entrándoseles por más pronto por la puerta de la izquierda de las dos principales; y las calles, antes, rebosando de

espectadores, se vieron completamente desiertas.

Puede calcularse el trastorno que esto ocasionaria en la multitud; unos cargando con el asiento, las tablas y los bancos que es costumbre situar en las aceras; otros buscando donde meterse; la angustia de las madres, el llanto de los niños, la vocería de todos; ni la espada de Tito causara dispersión más pronta.

Pero si grande fué el trastorno, mayor fué el pesar de la multitud; habiásele dejado, como vulgarmente se dice, con la miel en los labios; los forasteros habian dejado sus domicilios tras de nuestras procesiones; las gentes de estos campos, en su mayor parte quedaron sin haber podido contemplar a la *Samaritana*, su bello ideal; y nosotros, los de puertas a dentro, ¡ah! nosotros que sabiamos los preparativos y afanes de los Cofrades del Prendimiento en pró del mayor brillo de su procesión, ya que no se nos dió el placer de poderlos juzgar por anticipado, contemplando sus pasos a través de las verjas de las capillas, según de antigua costumbre; nosotros repetimos, sentiamos, acaso más que los de fuera, el doloroso percance que nos dejó a un tiempo mismo a medias en el gusto, y en la acción contemplativo; vimos a Jesus brindando a la muger de Samaria corrientes de agua viva a cambio de la que ésta le ofrecía del pozo patriarcal; vimosle en el *Huerto* en la transición amarga, de la visión de su Cruz, rendido en tierra, sostenido y confortado por el angel enviado por el Padre; vimos posarse sobre su rostro el lábio impuro del pérfido discípulo; todo esto es cuanto llegó a ponerse a nuestra consideración, y fácil es comprender la natural ansiedad y el deseo general de una nueva exhibición al completo de todos los pasos, esto es: que la procesión volviera a organizarse.

Esto, contra lo que todos esperábamos, no era posible, por más que a eso de las diez de la noche el tiempo habia ya mejorado; las vestiduras de las efigies que habian sufrido el golpe de la lluvia, estaba incapaces, ni era fácil tampoco el reunir en aquellos momentos a los dispersos; la gota mortal debió caer sobre los que, a las puertas de la Iglesia, pudieron escuchar la voz, no de aquel que clamaba en el desierto, sino la que dijo con ton firme y valor estóico: conformidad, y hasta el año que viene! Estas palabras fue ron como la bola de nieve.

Rodó la bola y brotaron los comentarios; despues vinieron las dificultades de otra especie, que cada cual resolvía según su criterio, algunos con más ligereza de juicio que fundamento de razón. Veinticuatro horas se pasaron de constante ansiedad, de dudas y de vacilaciones, de

temores y de esperanzas; fué preciso una manifestación del sentimiento público para llegar a una resolución favorable a sus deseos. El Sanhedrin acordó echar de nuevo su procesión a la calle a la hora ra de las tres, pero sin la fórmula ó aditamento de «si el tiempo lo permite.»

La noticia corrió con la velocidad del rayo por todas partes, y aun cuando cierta en principio, en sus detalles fué como piedra de contradicción; todos se decían «que sale,» pero ninguno daba razón positiva de la hora; quienes la creían de momento, quienes la fijaban en las diez, otros a las doce; los más a las tres, y de aquí la ansiedad que trae consigo la incertidumbre; pocos asuntos de interés local habian preocupado tanto a la opinión pública, ni la salvación de la patria. Por de pronto la carrera seinuodó de gent, siendo de ver el afán vertiginoso con que se volvieron a tomar los sitios y la madrugada del viernes halló muchos esperando la procesión. La del mañana vino a sacarles de su actitud expectante y entónces pudieron persuadirse que aquellas tres eran las de la tarde del mismo día.

Llegó por fin la hora, pero el tiempo, con quien no se habia contado en el programa, mostróse poco favorable; las nubes derramaron algunas gotas, y hubo un poco de espera; despues otro poco más, por fin a las cuatro y media comenzó a salir la procesión, algo más ordenada por cierto que el miércoles, siguiendo la carrera de costumbre. Una segunda *Vocada* del cielo sobrevino cuando aquella comenzaba a entrar en la segunda mitad de la carrera, que aun cuando no abundante, fué lo bastante para que se mojara. Sin duda estaba escrito que la procesión del Miércoles habia de mojarse sea cual fuera el día que saliere. Por eso su marcha se hizo un tanto apresurada, sin faltar por esto al buen orden y arreglo, que es lo que dá mayor realce a nuestras procesiones.

Ninguna novedad notable tenemos que apuntar en el presente año en esta primera, si se exceptúa el trono de *San Juan* el adorno de los demás pasos ha guardado las mismas formas de elegancia y de buen gusto que en el anterior, todos inmejorables. El de la virgen, deslumbrante y magestuoso como el solo.

Cuatro palabras acerca del de *San Juan*. Completamente nuevo, la originalidad ha procurado y conseguido hermanaren él el gusto de dos épocas, ó sea el de dos sistemas opuestos, el antiguo que gustaba del cartelage revestido de flor, y el moderno que se ha declarado por el arte. Se compone de dos cuerpos; el primero es una base greco romana con cuatro colgantes que arrancan de sus ángulos, de los cuales se elevan

igual número de candelabros, formando el todo un conjunto artístico, en donde el oro y la plata sirven de pedestal al segundo cuerpo, que lo constituye una caprichosa, peña de la que se desprenden en distintas direcciones, y digámoslo así, en estudiado desorden, diferentes cartelas de formas varias, simulando arbutos silvestres revestidos de hojas de color verde claro; ambos cuerpos representan la alianza de la naturaleza con el arte, dominando en el toda las formas alegóricas, cuya síntesis vamos sobre la parte superior y central del segundo, en el aguja natural que sostiene con una de sus garras el evangelio del Santo Bajo de esta, y en la parte superior del primero, se ostenta el escudo de la Cofradía, como indicando que en este año ha sido sacado el paso por ella.

El manto y túnica de la imagen son nuevos; el primero de terciopelo color verde, y aquella blanca, de un nuevo género llamado Pelus, orlado uno y otra de dobles y anchos galones de oro fino. Todo ha sido obsequio del Sr. D. Justo Aznar. El costo se hace ascender a ocho mil reales.

En lo general, el trono ha gustado mucho; es de muy buen gusto y de gran efecto. Reciban por ello nuestro humilde parabien el hermano que ha concebido la idea, y los que le han ayudado en la ejecución.

Recibala también la Cofradía en general por lo mucho que hace para mantener el brillo de su procesión, por el que tanto vemos que se ha afanado en este año; se ha lucido y además se ha lavado por dos veces.

La última mojadura, pudiera haberla evitado, si mas dócil hubiera seguido el consejo de sus doctores. Con efecto; pocas horas antes de lanzarse a la calle hubo un escriba que dijo con voz profética haber recibido un telegrama del cielo anunciando la proximidad de la lluvia. ¡Así jugais con el tiempo!

Ello, sin embargo nos ha proporcionado un segundo espectáculo de que no hay memoria en los fastos procesionistas. El primero fué la retirada del miércoles, primera vez también que esto ha sucedido; el otro el haber prendido a Jesus, despues de crucificado en el calvario.

MANUEL GONZALEZ.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio.

Artillería.—Asuntos varios: Se remite a Ferrol cédula de Cruz del M. N., para el capitán profesor de la escuela Naval D. German Hermida.

Sanidad.—Destinos: Jefe de sanidad del arsenal de Ferrol, el subinspector de segunda clase D. Juan San